

Capítulo II**La dimensión ética en la educación de los hijos****¿Cómo educar hijos libres capaces de actuar éticamente bien?**

En el primer tema nos preocupamos del mundo instintivo y tendencial del hijo. Ahora, lo vamos a abordar desde su perspectiva propiamente humana y espiritual. Nos interesa ver en qué medida pueden los padres ayudarlo a ser libre y virtuoso.

El tema de la educación de un hombre, para que llegue a ser plenamente libre, no es otro que el tema de la educación ética. Plantea, de partida, una serie de cuestiones que no dejan de presentar dificultades, por ejemplo: el concepto de libertad, que se puede explicar desde ángulos tan diversos, que incluso parecieran ser contradictorios; y el hecho, más inquietante aún, de que hay quienes afirman, no sin fundamento, que el solo hecho de pretender influir en la libertad es ya atentar contra ella.

Los padres de familia, que quieran educar a sus hijos en libertad y para la libertad, necesariamente tendrán que abrirse paso entre la maraña de opiniones y conceptos que flotan en el ambiente cultural moderno. La pregunta primordial es ¿qué posibilidad tenemos de ayudar a desarrollar la libertad de nuestros hijos, sin destruirla?

1º LA INFLUENCIA DE LOS PADRES

Lo quieran o no, los padres influyen, para bien o para mal, en la libertad y en las actitudes de vida de sus hijos.

Está comprobado, universalmente, que los padres, al transmitirle a sus hijos verdades o errores, valores o desvalores influyen para siempre en ellos. Esta influencia se da, especialmente, por la encarnación en sí mismos, de los valores que enseñan. Lo quieran o no, dejarán en ellos una herencia de su espíritu, y así influirán en sus decisiones libres. Esta influencia se da en el orden ético y espiritual.

Con esto tocamos el "misterio de la personalidad". Nos referimos a aquellos imponderables del espíritu, que echan abajo cualquier esquema lógico. Tenemos que recordar que la influencia de los padres en los hijos tiene un límite, ya que no existe un tal determinismo de padres a hijos que prive a estos últimos de la libertad moral. De padres malos pueden salir hijos santos. Esto, sin embargo, no desvirtúa el hecho de la influencia que tienen los padres en ellos. No es determinante, pero sí, importante. Vamos a reflexionar sobre el tema de la educación de un hombre libre y sobre cómo es posible que los padres le ofrezcan al hijo la mejor influencia posible en el ámbito espiritual como regalo de su amor a ellos.

2º EL AFAN DE LIBERTAD COMO RASGO DEL TIEMPO

El afán de libertad es la característica más importante del alma moderna. No se puede prescindir de ella en la educación.

En todo sistema educativo hay que tener en cuenta dos factores: * Aquello que no cambia, por ser permanente en el ser humano y * Aquello que va cambiando con el tiempo, porque responde a un condicionamiento histórico transitorio.

El tema de la dimensión ética de la educación se clarifica al ubicarlo en el contexto de las características del alma moderna, que está marcado por los rasgos de la libertad. Por esa razón, antes de

introducimos en la pedagogía de la libertad, creemos conveniente referirnos a la importancia especial que tiene para el hombre moderno. Si los padres modernos quieren encauzar bien la educación de sus hijos, tienen que conocer el alma humana en aquello que tiene de permanente, pero a la vez en lo que es propio del tiempo actual.

Educar a un hombre hoy día no es lo mismo que hace cien años. Así como, en la educación, somos dependientes de nuestra naturaleza inmutable, somos también dependientes de nuestro tiempo. Podemos hablar con toda propiedad de un «**alma moderna**». Nuestros hijos absorben, desde su nacimiento, las corrientes de valores, costumbres, inquietudes y anhelos de su tiempo. No es posible abstraerse a esa realidad y, menos aún, en una época en que los medios de comunicación masivos penetran hasta los ambientes más recónditos. Ahora bien, al tratar de caracterizar el alma del hombre de nuestro tiempo, descubrimos que **el ansia o anhelo de libertad** constituye uno de sus rasgos más propios. El hombre actual quiere ser libre. Sin duda muchas veces entenderá mal la libertad y caerá en un afán de libertinaje, pero, tenemos que admitirlo, uno de los impulsos más fuertes de su espíritu es su anhelo de libertad. ¿Qué formas de expresión toma este anhelo en la juventud? Veamos algunas:

1. Se nos presenta como ansia de autenticidad.

La juventud actual acentúa, mucho más que antes, la espontaneidad. Sólo acepta hacer o decir lo que le brota desde adentro. Rechaza las formas, normas, protocolos, convencionalismos y ritos impuestos desde el exterior. Sería impensable aplicar hoy las formas de educación antiguas, en que se prescribía en detalle lo que "había que decir" o de lo que "había que hacer" en cada circunstancia. Hoy, cada uno quiere expresarse a su manera, según su originalidad. Sólo se deja esclavizar por la moda

2. Como anhelo de autodeterminación.

Desde muy temprano, los jóvenes adquieren un gran celo de su autonomía. No permiten que se les de la "vida vivida"; quieren tener sus propias experiencias y correr sus riesgos; quieren vivir su vida a su

manera. Los intentos de abrirles un camino seguro, por muy bien intencionados que sean y por mucho tacto con que se actúe, es fuente de conflictos.

3. Como deseo de participación.

Por otra parte, no toleran ser espectadores pasivos en el mundo que les rodea. Antigüamente, parecía normal escuchar frases como "niños no hablan en la mesa" o "no hablan delante de las visitas" o que "no se meten en las conversaciones de los mayores". Esas frases, actualmente, carecen de sentido para la juventud. Desde pequeños, los jóvenes quieren ser "protagonistas", actores y gestores de su mundo y participar en todo lo que les rodea.

4. Como anhelo de información

El anhelo de participación, que acabamos de mencionar, se expresa también como anhelo de estar bien informado y en comunicación con el medio. A la juventud actual le resulta intolerable cualquier "tabú". No pueden entender que haya cosas de las cuales "no se habla" o que son "para mayores"; ellos lo preguntan todo, sin tapujos, y quieren tener respuestas directas y francas. Tampoco admiten "getos" o discriminaciones; quieren tener la posibilidad de alternar con cualquier persona, sin exclusiones.

En fin, para no abundar en el tema, bastaría con decir que la mentalidad actual ha cambiado tan radicalmente que es imposible pretender educar ignorando esa realidad.

3º. PARA EDUCAR UN HOMBRE LIBRE NO BASTA CON SUPRIMIR NORMAS

**Para educar en libertad y para la libertad no basta con suprimir
las normas y las obligaciones.**

Muchos han suprimido todo lo que parecía anticuado en la

educación, pero no lo han reemplazado por un sistema elaborado, capaz de llenar los vacíos que ha dejado el cambio. Por lo general, se ha suprimido casi todos los controles, normas, obligaciones, formas de trato puramente convencionales, rituales y costumbres impuestas. Es raro que algún hogar moderno conserve algo de esas normas tan comunes en los antiguos.

En la década del treinta, esta línea de acción la planteó el Dr. Spock, con pretensiones científicas. Afirmaba que la única metodología de educación adecuada al tiempo consistía, simplemente, en no poner ninguna norma y dejar que los hijos se desarrollaran movidos por el sano dinamismo de que los ha dotado la naturaleza. Hacía la siguiente afirmación: «La naturaleza es suficientemente sabia. Pretender enmendarla, a través de una acción educativa sistematizada, no hace sino entorpecerla». Es así como hablar de educación en libertad llegó a ser para muchas personas un sinónimo de carencia de formas educativas. Nosotros nos preguntamos ¿para educar al hombre moderno, basta con suprimir todos los seguros y cauces sistemáticos o es necesario estructurar un sistema pedagógico coherente y adecuado a los desafíos actuales?

Después de un período de encandilamiento por una educación sin normas, que se guía sólo por las tendencias naturales, comenzó a hacerse sentir la bancarrota de esa pedagogía. Quienes otrora propiciaron la educación "liberada" y escribieron libros tristemente célebres, tuvieron que hacer, más tarde, una penosa retractación.

4º ¿QUE ENTENDEMOS POR LIBERTAD?

Entendemos por «**libertad exterior**» la carencia de trabas que impidan la espontaneidad de un movimiento natural. Este concepto de libertad se puede aplicar a todas las realidades, pero en su dimensión puramente externa. En cambio, cuando hablamos de «**libertad interior**», nos referimos a un atributo inherente a la persona misma y no a una circunstancia accidental. Esta forma de libertad constituye lo más noble

de la persona humana.

La «**libertad**» se diferencia del «**libre albedrío**», que es la capacidad de optar entre bienes particulares conocidos, en que no es una capacidad aislada, sino un estado permanente de la personalidad, que conforma la fisonomía de la persona, más allá de un acto parcial. **Consiste en el hábito o tendencia permanente de una persona a elegir, fácil y persistentemente, su propio bien.**

La libertad no es, entonces, una capacidad sino un hábito. Es una tendencia que guarda íntima relación con el bien propio y con la realización personal. Mientras el libre albedrío es éticamente ambivalente, ya que depende si se usa bien o mal; la libertad es claramente una perfección o virtud; un bien plenamente humano. Si se usa mal se pierde. Esta forma de libertad **es el fundamento de la dignidad y el objeto de la educación.** Para que tenga sentido la lucha por reivindicar las diversas formas de libertad exterior, es preciso mantener incólume el sentido de libertad interior. Situados en esta perspectiva, nos interesa descubrir de dónde provienen las limitaciones de la libertad.

5º ¿QUE FACTORES PUEDEN LIMITAR LA LIBERTAD?

Esto equivale a preguntarse ¿qué es educable en la libertad y qué no lo es?

La libertad interior depende del ejercicio de las dos capacidades racionales del ser humano: **la inteligencia y la voluntad.** La libertad es el fruto de la inteligencia, en cuanto nos permite conocer los bienes a que podemos optar, y de la voluntad, como la capacidad de adherirnos a ellos. Los **peligros de limitación de la libertad dependen, por lo tanto, de los obstáculos que se antepongan al uso de cada una de estas capacidades.**

La inteligencia presenta los bienes a la persona: los da a conocer y los pondera. Todo lo que disminuya o entorpezca el uso de la inteligencia, disminuye o destruye la libertad. Los peligros provienen de

la ignorancia, el error y el subjetivismo.

La voluntad, en cambio, es la capacidad de adherir al bien; es la tendencia que conduce a poseer el bien conocido y ponderado por la inteligencia. Los peligros que atentan en contra de ella **provienen de la seducción de los apetitos desordenados, de las presiones del subconsciente e, indirectamente, de las presiones en la afectividad o en los apetitos y tendencias del ambiente que nos rodea.**

El hombre está herido por el pecado original y éste ha traído, como consecuencia, el debilitamiento de su adhesión natural al bien. Con toda razón, se puede hablar de una auténtica desintegración interior ya que los diversos estratos de la naturaleza humana, que de suyo deberían espontáneamente estar sometidos a la razón se han insubordinado. Esto hace que experimentemos una dolorosa incoherencia. San Pablo lo expresa en la carta a los Romanos diciendo: "hago lo que no quiero..." En la práctica, se trata de la insubordinación de las pasiones, instintos y tendencias de los apetitos inferiores. La educación de la libertad aparece así como un proceso de integración de la personalidad, vale decir, **un esfuerzo permanente por hacer que la razón domine todos los aspectos de la persona**, sometiendo los apetitos a sus determinaciones.

Esta lucha del ser humano sólo puede obtener éxito con **la ayuda de la gracia** que se nos da para sanar y liberar la naturaleza herida y debilitada. Junto con la concupiscencia o rebeldía de los apetitos inferiores, el pecado nos dejó como secuela la capacidad de malicia, es decir, la capacidad de optar libremente por bienes aparentes, abandonando los verdaderos. Es así como nuestra capacidad de ser libres se halla debilitada y sometida a tentaciones.

6º UN SISTEMA MODERNO DE EDUCACION

Para educar al hombre moderno no basta con abandonar la pedagogía anticuada -de adiestramiento y de control-, es necesario encontrar una nueva síntesis pedagógica que reemplace la metodología anticuada, ineficaz para lograr ese cometido. Ya hemos delineado la

meta de la educación. Ahora queremos echar las bases de un método que sea suficientemente sencillo y práctico como para usarlo en la vida cotidiana, sin mayores complicaciones. Lo resumiremos en tres grandes capítulos a modo de tres consejos.

1. Para educar a un hijo en libertad es necesario darle toda la libertad posible.

El primer factor, dentro de esta nueva síntesis, acentúa metódicamente el ejercicio de la libertad de elección.

A) Hay que estimular las decisiones personales.

Este primer principio metodológico, aparentemente muy sencillo, nos invita a estimular, desde el comienzo de la vida de los hijos, el uso sistemático de la capacidad de elección. Prácticamente se podría resumir diciendo: "cada vez que tu hijo esté en condiciones de tomar por sí mismo una decisión, debe tomarla". Sin embargo, esta formulación positiva deja entrever una prevención, que complica su aplicación. Recuerda que no siempre se está en condiciones de usar bien de la capacidad de elección porque tiene limitaciones. Habrá casos en que los padres tendrán que realizar una labor de suplencia.

Los papás se cuidarán de ejercer sobre sus hijos una presión impositiva proveniente de su egoísmo o de su afán de dominio. Muchas órdenes que recibe un niño provienen del afán de dominar e imponer la propia voluntad. Sólo una persona madura y segura de sí misma está libre de la tentación de imponerse a los demás. Los niños son un campo fácil para desbordar esa ansia desordenada.

Junto con la disposición a impulsar el ejercicio de la capacidad de decidir, desde un comienzo, los padres deben **formar el criterio** del hijo. Con eso, le permitirán adquirir un juicio propio para decidir. Si solamente les dan recetas prefabricadas, lo tendrán largo tiempo bajo su tutela, porque no dispondrán del instrumento para optar por sí mismo. **La tarea es doble: formarle el criterio e impulsarlo a que lo use.**

B) La labor de suplencia de los padres.

Mientras el niño no posea suficiente conocimiento ni dominio de sí

mismo, los padres deberán suplir lo que le falta para hacer buen uso de su libre albedrío. No restringen la libertad del hijo. Cuando, para proteger su vida o para darles disciplina, tienen que forzarlo a que haga o deje de hacer algo, están realizando una labor de suplencia indispensable, mientras el hijo aún necesite de una ayuda exterior para usar de su libertad. Los padres se ponen al servicio de la libertad de sus hijos. Su labor no limita sino complementa la libertad. Cuando deciden por ellos, no lo hacen siguiendo su gusto personal o su conveniencia, sino que actúan tal como lo haría el hijo si estuviera en condiciones de tomar la decisión por sí mismo. Deben suplir la libertad incompleta del hijo sólo cuando sea necesario. Esto se da básicamente en tres casos: un "grave error"; una "auténtica ignorancia" o un "descontrol insuperable".

2. Para educar a un hijo en libertad hay que ponerle sólo el mínimo necesario de obligaciones

Estaríamos en un grave error si pensáramos que el hombre puede dejar de estar sometido a normas y obligaciones. Sería desconocer la naturaleza humana. Los animales se mueven por instintos predeterminados para actuar en función de su bien, en cambio, el hombre, carece de esta ordenación mecánica y, por eso, requiere de otra forma de orientación «la razón». Es su razón natural la que le permite reconocer las normas establecidas por el Creador. Si pretendiera prescindir totalmente de las normas u obligaciones objetivas, sería incapaz de llevar una vida plenamente humana. Detengámonos un momento para justificar las normas u obligaciones que deben estar presente en la educación de los hijos.

A) El niño necesita de normas, como protección de sí mismo, porque su crecimiento es paulatino y pasa por etapas de desvalimiento

El hombre nace pequeño y despliega sus capacidades poco a poco. Necesita no solamente los cuidados de los papás, sino de las normas con que ellos lo van orientando en su desarrollo. La necesidad de orientación penetra hasta una etapa muy avanzada de su vida. Son un seguro de su propia subsistencia, ya que cuando pequeño abandonado a sí mismo, muchas veces pondría en riesgo su propia vida. De todas las

potencialidades que están replegadas en el niño, la que se despliega más lentamente es, precisamente, la capacidad de usar plenamente de la libertad y de cuidar de sí mismo.

B) El niño necesita, para afianzar su seguridad interior, de una sana experiencia de autoridad

Como parte integrante de un desarrollo psicológico normal, el niño necesita tener la experiencia de una autoridad cercana, que constituye el fundamento de su seguridad interior. El tiene la experiencia de su propia fragilidad, y necesita sentirse seguro en otro más fuerte, desde el inicio de su vida. Esta experiencia estará íntimamente ligada al ejercicio de la autoridad de sus padres en un doble sentido: como estímulo a su vida, y como norma segura.

C) El niño, como ser social, necesita integrarse progresivamente al bien común

El hombre es social por naturaleza. Es un requerimiento básico de su naturaleza social insertarse en la comunidad, procurando junto a los demás el bien común. Esto pone exigencias de coordinación, subordinación, comunicación y participación. El hábito social del niño debe ser encauzado desde el inicio de su vida. Si bien posee la sociabilidad por naturaleza, ella está herida por el pecado original. Esto hace que busque naturalmente la relación con los demás, pero a la vez, que le cueste llegar a una relación sin conflictos. El desorden del pecado hará que tienda a encerrarse, egoístamente, en su propio yo. El hábito social le impone exigencias de responsabilidad frente a los demás. Es la autoridad, en este caso la de los padres, la que dicta las normas concretas de la inserción comunitaria: a través del orden de la casa, de los horarios comunes, de la programación de los usos compartidos, etc.

D) El niño necesita adquirir progresivamente el hábito de la disciplina personal.

Tal como decíamos, el hombre está herido por el pecado original y esta herida trae, como consecuencia, el desorden de las fuerzas interiores frente a la razón. Una auténtica insubordinación. Para lograr integrar la personalidad y llegar a la armonía interior tendrá que luchar mucho. En esta lucha, al comienzo de la vida, se sentirá más débil. Los

padres tendrán que hacer uso de su autoridad, poner normas, obligaciones y muchas veces también castigos para ayudarlo a conquistar la disciplina interior. Los padres son como soporte inicial de su conquista: le infundirán hábitos de higiene, de respeto, de honradez, de orden. La manera de hacerlo será haciéndole adentrarse por un camino moderado y progresivo de autocontrol. Es necesario que le pongan metas, que le ayuden a conquistar etapas, que lo estimulen y amonesten. Deberán tener la paciencia para razonar con él, para convencerlo. Tendrán que recurrir al castigo, si es necesario, pero, por sobre todo, deberán abrirle camino con su ejemplo de disciplina y autocontrol.

Si fuéramos jardineros, nos daríamos cuenta de que para cultivar bien las plantas, no basta con regarlas y alimentarlas bien con buena tierra y abono. Junto con eso es necesario sacar la maleza, podar, enderezar lo torcido, poner murgones para sostener y apoyar. Algo semejante a esto es lo que entendemos por disciplina en la educación. Si quiero que mi hijo llegue a ser plenamente libre, junto con sumergirle en el mundo de las verdades y valores, junto con presentarle ideales, tengo que desmalezarlo, podarlo, y ponerle murgones.

El esfuerzo sistemático.

¿Qué significa esto en la práctica? San Francisco de Asís se refería al cuerpo como al “hermano burro”, que si no se le educa y se le mantiene disciplinado, se va poniendo glotón, flojo y sensual. Es preciso domarlo y domesticarlo. Tiene que aprender a servir y a mantenerse ordenado, estimulado por la razón. Debe llegar a ser instrumento y no impedimento del espíritu; debe ser reflejo y compañero del espíritu y no su enemigo. Todo esto requiere de un esfuerzo sistemático del niño y de un serio apoyo de los padres. El niño no puede emprender esa tarea sin la cooperación de los papás.

Cuando no se logra educar al cuerpo, a la larga se le tiene que reprimir, por eso, más vale ordenarlo, sometiéndolo a una disciplina, que lo mantenga siempre en su lugar. Para ello, los papás tienen que invitar al hijo a que aprenda a **tomar propósitos** y a renunciar a placeres concretos. Sin propósito y sin renuncia es imposible dominar al cuerpo.

El cuerpo tiene que experimentar la subordinación al espíritu.

Distinción entre lo necesario y lo caprichoso.

Los padres deben acostumbrar al hijo a **darle a su cuerpo aquello que racionalmente necesita**: el abrigo necesario, la comida, el descanso e incluso el placer, pero, a la vez, deben enseñarle a distinguir aquello que es caprichoso y arbitrario. Someter a disciplina es ordenar, algunas veces reprimir e, incluso, muchas veces castigar. Es necesario tener plena consciencia de que los instintos son irracionales y, muchas veces, no atienden razones.

Aprender a introducir lo razonable entre el apetito y la satisfacción.

El arte de la educación de la sensualidad consiste en romper un binomio que parece inseparable: el de **“apetito-satisfacción”**. Se trata de introducir entre ambos el imperio de la “razón”. Si una persona se habitúa, desde su infancia, a satisfacer todos los apetitos en forma inmediata, más tarde, no podrá substraerse a la esclavitud de sus apetitos sensuales. La disciplina, entonces, consiste en la introducción de lo razonable en lo tendencial. Es un proceso de humanización del instinto.

La ordenación de los afectos

Pero, la disciplina no se refiere solamente a la reordenación de lo puramente instintivo y pasional; se refiere también a los desórdenes de la afectividad. Tenemos, además, tendencia a desordenarnos en la esfera de lo emocional, sentimental y afectivo. También esto requiere disciplina. El corazón le puede jugar malas pasadas a nuestro hijo: le puede esclavizar, lo puede hacer subjetivo, le puede crear antipatías y simpatías que no sean razonables. Muchas veces aparecerá como una preocupación excesiva y opresora de la opinión de los demás, que lo llevará a abdicar de su originalidad, a perder su libertad y su autenticidad e incluso a sacrificar sus convicciones y a pasar a llevar sus principios para lograr cariño y aceptación, ascendiente y satisfacción afectiva. Es necesario, desde el comienzo de la vida, que los papás ayuden al hijo a purificar sus sentimientos, a ordenar sus afectos para que sea fuente de calidez personal, de sentimientos nobles, de cercanía y no fuente de

esclavitud. EL corazón tiene que ordenarse por la razón; tiene que plegarse a las opciones libres de la persona y no seguir caminos propios y anárquicos. Aunque sufra, muchas veces tendrá que desmalezar y podar arrancando afectos negativos y destructivos, desordenados y esclavizantes; venciendo la superficialidad y el subjetivismo para que se deje guiar por la razón.

E) ¿Cómo fijar el «mínimo de normas» necesarias?

Es preciso tener presente que hay que evitar el exceso de normas. Tal como dice esta segunda exigencia metódica: "ponle a tu hijo el mínimo necesario de obligaciones y normas". El problema más difícil de todo este método consiste, precisamente, en discernir cuál es ese "mínimo necesario". Los campos en los cuales es necesario poner límites ya han sido señalados en lo que hemos comentado hasta este momento. La cuestión, es la medida dentro de esos campos.

Si se quiere reducir las obligaciones al mínimo, se debe aprender a elegir aquellas que representan **puntos neurálgicos**, es decir, aquellas que desde un ángulo parcial aseguren el todo de manera eficaz, por ejemplo, que aseguren el orden de la casa, que necesita el mismo hijo para desarrollarse sano; la disciplina personal y la conciencia de la autoridad.

Al seleccionar las obligaciones, es importante tener presente dos cosas: a) que sean realmente necesarias para encauzar y proteger la vida, b) que dejen un amplio campo a las decisiones personales. Sería un problema grave, si el exceso de normas anulara la decisión personal. Sería así si todo estuviera previsto, predeterminado y reglamentado. La experiencia psicológica debe ser de amplitud y libertad y no de opresión.

F) En la educación en libertad tiene que existir siempre un margen de riesgo.

No se debe asegurar todo; pretender hacerlo sería nefasto. Los papás tienen que hacer un esfuerzo para evitar la sobreprotección porque ahoga la vida y sólo consigue formar personalidades opacadas y dependientes o rebeldes y resentidas.

Ciertamente el riesgo tiene un límite que está suficientemente asegurado por el buen criterio. No se puede arriesgar la vida ni la salud física y moral de un hijo sin necesidad, ni más allá de lo que dicta la sana prudencia.

G) ¿Qué lugar ocupa el castigo en esta pedagogía?

En el programa educativo, al hablar del mínimo de obligaciones, es necesario abordar también **el tema del castigo**. Es un capítulo muy importante en el contexto de la educación de la libertad. Hay quienes piensan que el castigo vendría a ser algo contradictorio con la educación de la libertad, ya que podría conducir a una obediencia por temor, lo que sería la negación de una actitud libre. Esto, sin embargo, es errado porque el hombre, así como posee la conciencia que le hace experimentar sus faltas, posee también la capacidad de arrepentimiento y el sentimiento de culpa que necesita del perdón o del castigo. Sin que el niño tenga prácticamente esas experiencias, sus impulsos naturales quedarían sin respuesta. El castigo, por lo tanto, responde a una necesidad natural profunda. Es evidente que tiene que aplicarse bien.

¿Qué condiciones debe cumplir un castigo para ser constructivo y no destructivo de la personalidad?

Lo primero y lo más elemental es que nunca aparezca como expresión de la irritación de los padres. El castigo es corrección y no venganza. Se aplica sólo y exclusivamente **en beneficio del niño**.

Lo segundo es que debe ser **proporcionado a la falta** cometida por el niño. Esto significa que tiene una medida subjetiva y no objetiva; por ejemplo, el niño sin querer incendia la casa. El papá no puede castigarlo, sino al contrario, debe apoyarlo y consolarlo aunque esté indignado. Jamás se debe castigar a un hijo por alguna acción u omisión que el niño no esté en condiciones de percibir como culpable. Si no se respeta esta norma, se le hiere, profundamente, en su sentido de justicia y se le crea inseguridad interior.

Además, debe aplicarse **en el contexto de la falta**. Cuando el castigo se separa de la falta, al menos psicológicamente, el niño lo va a percibir como una agresión y no como un castigo

H) ¿Qué papel juegan el premio y la alabanza en la educación de un hombre libre?

El premio y el estímulo **nunca deben aparecer como retribución por el deber**. El cumplimiento del deber y la virtud tienen su retribución en sí mismos y no requieren de paga. Hay que evitar crear en los niños una mentalidad mercantil o economicista: "actúo por la retribución material". Lo mismo sucede con el regalo. Cuando un papá le hace un regalo a su hijo no es para obtener algo de él, sino como expresión de que el amor es generoso y él quiere al hijo. Es demostración de afecto y no transacción comercial.

El premio y la alabanza **deben ser estímulos o reconocimiento de lo bueno**. Así como se le regaña por lo malo, se les reconoce por lo bueno. Es muy diferente decirle al niño: "si te comes toda la comida te voy a dar tanto dinero para que compres caramelos", que decirle: "hoy día te has portado muy bien y merece un buen premio". Lo primero es pago, lo segundo expresión de alegría y reconocimiento.

3. Para educar a un hijo en libertad es necesario cultivar todo lo posible su espíritu

La libertad, en último término, es el triunfo del espíritu sobre la carne. La obra maestra de la educación de la libertad radicará, por eso, en el **robustecimiento del espíritu**. Los papás tienen la tarea fundamental de alimentar espiritualmente a sus hijos a fin de que sean fuertes para dominar las tentaciones de las tendencias de la carne y las presiones del ambiente. Ya decíamos con insistencia, a lo largo de nuestra reflexión, que nuestra naturaleza está herida como consecuencia del pecado original. Esta realidad no se puede olvidar nunca, si se quiere educar efectivamente. La experiencia de esa herida la tenemos a cada paso: decidimos hacer algo y no somos capaces de realizarlo porque la naturaleza nos pesa y se insurge como un impedimento. Nos dejamos llevar por los impulsos del momento y luego nos arrepentimos y nos da vergüenza haber sido débiles: esa es la experiencia de la derrota del hombre libre que no logra imponerse.

¿Cómo podríamos trazar los rasgos generales del panorama de la educación de la libertad, en la perspectiva que acabamos de describir? Si se quiere que el espíritu sea señor; que el cuerpo con todos sus instintos, tendencias, apetitos y pasiones esté a su servicio; si queremos que se subordine y obedezca; si queremos que nuestro hijo mantenga la coherencia y la unidad interior y no esté dividido, tenemos que ayudarlo a lograr tres cosas: a que robustezca su espíritu dándole un alimento adecuado, a que discipline sus tendencias, para que aprendan a servir al espíritu y, por último, a crearse un buen ambiente, que le ayude a vivir la armonía entre cuerpo y espíritu y entre espíritu y Dios.

A) Hay que cuidar que los hijos tengan alimento espiritual abundante y oportuno

Así como el cuerpo recibe su alimento para crecer y desarrollarse sanamente, así también el espíritu necesita su alimento. Si uno mira al hombre actual, descubre que hay subdesarrollo espiritual y por esa razón se destaca tanto lo sensual.

¿De qué se alimenta el espíritu?"

Para que la parte espiritual del niño se desarrolle sana y fuerte necesita alimentarse con **verdades, valores, ideales y vivencias**. Nuestro espíritu está hambriento de luz, necesita conocer la verdad. Para convencerse de esto basta escuchar a los niños en su inmensa curiosidad «¿qué es eso?» Además, mientras se conserva sano se siente atraído por los valores nobles, por grandes ideales, por lo bueno, lo justo, lo hermoso. Naturalmente, está hecho para volar alto, como águila, pero muchas veces adquiere el complejo de gallina y comienza a picotear el suelo.

Los padres deben dar respuestas iluminadoras a las múltiples preguntas que hacen los niños desde pequeños. Respuestas torpes, insatisfactorias o negligentes, o, peor aún, rechazos y burlas, terminan por desmotivar su anhelo de aprendizaje.

Más tarde, los hijos deben ser estimulados para que lean y reflexionen. Si se mantienen ignorantes y llenos de errores; si

permanecen incultos y sin inquietudes artísticas, culturales e intelectuales; si no son capaces de vibrar con lo religioso ¿qué les sucede? : los apetitos bajos se comienzan a desarrollar en ellos con más fuerza. Es normal que en los seres ignorantes e incultos se desaten las pasiones más bajas. Los apetitos dominan en el hombre sin luz, porque le falta el contrapeso. Las sensaciones, la búsqueda de placer, los sentimientos bajos vienen a compensar el vacío que dejan las verdades y los valores.

No basta enseñar verdades. A los hijos hay que entusiasmarlos por grandes ideales.

Esto representa la clave de todo el sistema pedagógico que estamos proponiendo. No basta abrir a los hijos a las verdades, llenándolos de luz, es necesario que esas verdades estén íntimamente ligadas a los grandes valores y se orienten a la vida. Los padres deben cuidar de que en su educación haya una secuencia vital entre palabra, verdad, valor y vida. A esto le llamamos presentación de «**ideales de vida**».

Los ideales son ideas, esto es, verdades, que están saturadas de valor, y por eso se hacen atractivas y apasionantes. No sólo le dan al niño un conocimiento, sino una razón de vivir. A los hijos se les debe presentar todo lo humano y lo divino desde esa perspectiva: un ideal de personalidad, de hombre, de mujer, de cristiano y de patriota, de matrimonio y de familia. Les deben ir develando la huella del Creador en todas las cosas. Así comprenderán que en cada criatura existe algo de El, un reflejo del Sumo Bien y se dejarán atraer por El irresistiblemente. La presencia del espíritu lo liberará de la esclavitud de la carne.

Los papás les irán mostrando, poco a poco, los valores religiosos, morales, sociales, políticos, estéticos, etc. Les irán mostrando cómo esos valores no son sino reflejo de Dios, pero a la vez, impulsos para dejarse conducir de retorno hacia El, que es nuestro origen y fin. Las ideas, con que los ilustren, no serán así frías y lógicas, sino que se irán recubriendo de valores y transformándose en ideales nobles para iluminar y motivar la vida real. Pasarán a ser normas de vida y principios de acción. Cuando la verdad representa un valor se hace atractiva y

despierta la voluntad de posesión. Si se quiere educar bien a los hijos no basta, por eso, sumergirlos en el mundo de las verdades, hay que entregarles ideales. Despertar en ellos la aspiración por lo grande y noble. El idealismo, que se alimenta con ideales nobles, grandes y trascendentes; el radicalismo como capacidad de sacrificarse por aquello que se ha descubierto como verdadero, noble, bueno y santo. Cuando se ha llegado a eso, entonces se tiene fuerza para vencer las seducciones del cuerpo: se tiene motivación.

Los papás tendrán que cuidar de que las verdades se transformen en **convicciones**, esto es, que sean asumidas consciente y libremente por el hijo como algo personal. Estas convicciones comenzarán a actuar por dentro hasta hacerse actitud y, más aún, hasta transformarse en sentimiento de vida. Sólo entonces impregnan toda la personalidad. No basta con que las verdades los ubiquen en la realidad, ni basta con que les ofrezcan criterios de opción, deben también llevarlos a formar **un estilo de vida** consecuente y eso no es posible sin que se hayan transformado primero en sentimiento de vida. Sin captar el corazón no se ha captado la personalidad.

El cuerpo reclama el placer, invita a las sensaciones. La persona no puede renunciar a eso si no es en la fuerza de una motivación más poderosa. Es eso lo que ofrecen los ideales. Una educación para la libertad es una educación por ideales. En base a ello, se despierta la magnanimidad, la generosidad del alma y el hombre adquiere un centro psicológico, un punto de referencia que le permite restaurar la armonía perdida por el pecado original. Sin ideales es prácticamente imposible llegar a ser libre.

Los padres deben alimentar el corazón de sus hijos con vivencias que calen hondo en su interior

Los padres saben que el corazón de sus hijos tiene sus requerimientos propios y que tiende también a seguir caminos propios. Para educarlo, tienen que saber distinguir lo que le corresponde al corazón de lo que es solamente un desorden afectivo.

¿Qué necesita el corazón? necesita cariño, comprensión y valorización. El hijo necesita sentirse conocido, aceptado, querido y valorado. Una parte muy importante del alimento que le deben dar los padres a sus hijos consiste en un trato cariñoso y cercano, que dé una respuesta integral a estas necesidades.

Además del trato cariñoso, que debe caracterizar la relación con los hijos, los padres tienen que procurarle experiencias más concentradas y profundas para que se arraiguen hondo en sus corazones. Esas experiencias se denominan **vivencias**. Se habla de una vivencia cuando una persona experimenta alguna realidad, captándola no solamente con el conocimiento, sino con todas sus capacidades: inteligencia, voluntad y corazón. Básicamente, se tiene una vivencia cuando las condiciones de la experiencia hacen que se acoja con el corazón y penetre hasta el subconsciente la impresión que se tiene de algo o de alguien. Las vivencias marcan el mundo interior de cada persona. Pueden ser buenas o malas. A los padres les corresponde fomentar en sus hijos dos cosas: a) Que tengan la sensibilidad para acoger con el corazón y no sólo con la cabeza o con los instintos. b) Que tengan aquellas vivencias que dejen en ellos huellas positivas.

Hay que prepararlos para las decepciones

Si el hijo no recibe, por el camino normal, una respuesta adecuada a sus necesidades afectivas, empezará a presionar para obtenerla «a toda costa». El problema comienza cuando pretende obtener una respuesta a sus anhelos a costa de la libertad y de la armonía interior.

Los papás, con su madurez, saben que en la vida ordinaria no siempre se logra reconocimiento y aceptación, valoración y cariño, tal como anhela el corazón; no siempre uno siente la seguridad y el cobijamiento que constituyen la base de la experiencia de hogar, que es la mayor aspiración del corazón humano. Muchas veces el hijo se sentirá extranjero. Los papás tienen que ayudarlo para que adquiera un **sano realismo frente a la vida**. De otra manera, no madurará afectivamente. Deben tratar de que nunca busque el reposo del corazón a cualquier precio, sino sólo donde y como corresponde..

B) Los padres deben cuidar de que los hijos se desarrollen en un ambiente enriquecedor

Los padres no solamente son responsables por aquello que le entregan directamente a sus hijos: verdades, valores y ayuda personal. Además de eso, son responsables por el ambiente en que éstos se desarrollan. No cabe duda de que el ambiente marca la personalidad. Hay ambientes que estimulan el crecimiento espiritual y otros, en cambio, estimulan el desarrollo de los apetitos inferiores. Los hijos simplemente sufren las consecuencias de uno o gozan del otro, pero los padres son responsables de su formación.

El ambiente está conformado por todo aquello que constituye el patrimonio familiar, vale decir, las personas que componen la familia y el tipo de relaciones que se crea entre ellas; las amistades y vecinos, la casa, sus adornos e implementos; las costumbres, tradiciones y ritos familiares, etc. Todo influye en el ambiente y, a través de él, en la formación de la personalidad.

El ambiente se forma; no brota por sí solo.

Hay dos factores fundamentales que determinan su formación: la selección y la elaboración de todo lo que entra a formar parte del ámbito familiar. A los papás les corresponderá seleccionar todo lo que entre en contacto con sus hijos - amistades, programas de televisión, revistas, costumbres y tradiciones, etc-. Nada puede penetrar hasta la intimidad del hogar sin que los papás lo decidan. Esta selección es una de las expresiones más genuinas de una auténtica autoridad paternal. Es en esto donde se pone en juego en forma más sutil la responsabilidad de los papás. Deben conversar entre ellos para decidir que adornos se pone en la casa, que revistas se compra, a quién se convida a la casa y a quién no. Una vez que se creó el ambiente es imposible evitar que influya. Elaborar el ambiente significa algo más que seleccionar los elementos que deben componerlo; significa darle contenido valórico a cada cosa que lo integre.

El ambiente debe ser interesante y atractivo.

Es interesante, cuando crea de hecho un foco de interés, esto es, cuando es renovador, cuando tiene un diálogo rico, cuando tiene

elementos creadores, estimulantes y activos. Hay hogares que son tremendamente aburridos porque los papás no usan de su imaginación para despertar el interés. En tales casos, no les queda más remedio que estimular con la comida y la televisión. Es signo de la miseria espiritual. Los papás deben tener una conversación interesante, deben ser capaces de hacer un programa atractivo, con actividades recreativas y formadoras.

Especial importancia tienen las fiestas.

En general, todo aquello que se pueda constituir en una vivencia tiene importancia en la educación. Las fiestas son, para el niño, un medio importante para formarle un subconsciente sano. Los papás pueden hacer que una fiesta de cumpleaños o de navidad se transforme en una satisfacción del estómago o del afán de consumo o pueden hacer que sea una experiencia del amor mutuo, de la delicadeza y de la creatividad. Es importantísimo aprovechar las fiestas para cultivar los valores más nobles: para hacer sentir el espíritu de familia, el respeto y el cariño mutuo. Es la ocasión para hacerle sentir al hijo que el amor que se le tiene vale más que los regalos materiales. Es la ocasión para escucharlo y valorizar su aporte.

D) El elemento culminante de la educación para la libertad es el cultivo de las vinculaciones

La plenitud del proceso de educación para la libertad se logra, recién, cuando la persona, haciendo uso de ella, va adquiriendo un mundo armónico e integral de compromisos personales y vinculaciones. La libertad adquiere su sentido último por la creación de relaciones personales estables y profundas. Mientras la libertad no se empeña, permanece como algo puramente potencial. Es por eso que los papás tienen que acompañar al hijo en ese proceso progresivo de definición de la personalidad, a través de los compromisos. Cada nuevo compromiso, ya sea con verdades, con valores, con personas o con cosas, va tallando los rasgos de una personalidad definida.

Una de las características más trágicas de nuestro tiempo es, precisamente, la incapacidad para gestar vinculaciones sólidas y estables. El hombre actual tiene la fisonomía de una especie de gitano espiritual y afectivo. Cambia fácilmente sus ideologías, sus principios y

sus valores. Lo que es peor aún, cambia sus relaciones personales. Su mundo se torna, así, impersonal y superficial. Es el hombre del divorcio, de los oportunismos políticos, de los cambios de religión... un hombre inconsistente.

Para crear vinculaciones personales se requiere de tiempo. Así como un árbol no echa raíces, si se le trasplanta continuamente, el hombre requiere de tranquilidad y estabilidad para echar raíces. El niño pequeño sufre, especialmente, con los cambios de casa, país y mucho más aún con los cambios de papá o de familiares. Cuando percibe que nada es estable, pierde la capacidad de encariñarse: su afecto se va haciendo más y más superficial. Hay mamás que no logran retener al personal de servicio, que cambian continuamente los adornos de la casa y compran siempre nuevos juguetes. Todo eso influye en el niño: lo desconcierta. El niño necesita de tiempo para asimilar lo que le rodea. Se ha dicho que el hombre es un ser reticular, un ser que, así como la araña, va tejiendo poco a poco su tela, va estructurando su nido en base a los múltiples vínculos personales que le dan seguridad y acogimiento. Cuando no logra crear vinculaciones estables sufre un desconcierto similar al de la araña, cuando le rompen su tela, sólo que en un plano mucho más profundo porque la araña busca otro rincón y teje su tela; el hombre llega un momento en que ya no es capaz de volver a tejer sus vínculos; queda herido por dentro. Para que se mueva libremente, sintiéndose en casa, necesita de ese habitat afectivo y espiritual que se denomina hogar. El mundo de sus compromisos o vínculos con ideas, personas, lugares, cosas, etc. constituyen su hogar y su fuente inagotable de riqueza espiritual.

Cuando los papás se ponen al servicio del cultivo del espíritu de sus hijos, engendran al hijo en el espíritu. Su paternidad adquiere una nueva dimensión. Si logran no solamente darle valores naturales para que se hagan libres, sino que además les transmiten la fe en Cristo y lo arraigan en El; entonces sí, han culminado su paternidad ya que se hacen padres en el plano sobrenatural. Un padre asegura la libertad del hijo cuando, además, de los valores éticos, le entrega los medios sobrenaturales para adquirir la gracia santificante. Sin la gracia, un hombre no es capaz de desprenderse de sus esclavitudes, pero en Cristo sí. Por eso, la culminación de la educación de la libertad sólo se puede dar a través de una esmerada educación religiosa y en la comunicación de la fe.

